mero 2.) Todo el caso referido es del mismo capítulo.

Al cabo de un año, llegó á Teresa la noticia de la muerte ejemplar de D. Alvaro Ruiz Tello, y le sirvió de grandísimo consuelo saber, al par de ella, que había procurado rescatar sus faltas con virtudes y ásperas penitencias; era la primer alma que debía su conversión á las oraciones y méritos de la humilde esposa de Jesús.

CAPITULO VII

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

I

Las alegrías de la tierra pueden compararse con las blancas y rosadas flores del almendro; nacen con la aurora, y á la puesta del sol caen de las ramas deshojadas y marchitas: hemos visto á Teresa realizar sus deseos de entrar en religión, y juzgar que nada le quedaba que hacer sino dejarse llevar por la suave pendiente de su destino hasta llegar al puerto feliz de la bienaventuranza; y apenas ha recorrido la primera etapa de tan difícil carrera, la hallamos combatida por rudos padecimientos, que ponen á prueba su paciencia y angélica resignación.

La vuelta de la primavera hizo que la trasladasen de nuevo á Becedas, donde los facultativos, con mejor deseo que acierto, no hicieron con los complicados remedios sino aumentar sus ma-

les; he aquí de qué manera describe la dulce mártir tan dolorosa situación:

«Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia de lo que pedía mi complexión... A los dos meses, á poder de medicinas tenía casi acabada la vida, y el rigor del mal de que me fuí á curar mucho más recio; algunas veces me parecía que con dientes agudos me destrozaban el corazón, tanto que se temió fuese rabia. Ninguna cosa podía tomar sino bebida, y me tenía tan gastada (porque casi en un mes me habían dado una purga cada día) que se me empezaron á encoger los nervios, con dolores tan insoportables que ningún sosiego podía tener. La tristeza era profunda, y los médicos me desahuciaban por hética; imposible parecía poder sufrir tantos males juntos; ahora me espanta, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que Su Majestad me dió para sufrirlo todo, que se veía claro que venía de Él. Mucho me aprovechó también leer la historia de Job en las *Morales* de San Gregorio, que parece previno el Señor con esto, y haber empezado á tener oración, los medios para que lo pudiese llevar con tanta conformidad. Traía de ordinario en el pensamiento, y las decía estas palabras: «Pues »recibimos los bienes de manos del Señor, ¿no »sufriremos también los males? (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. V, núm. 3.)

II

Llegó el mes de Agosto sin que los recios accidentes hubiesen tenido mejoría; desde Abril la

existencia de Teresa era un prolongado y doloroso martirio, cada vez con menos esperanzas de salud; pero la víspera de la Asunción un terrible paroxismo la privó completamente de sentido, llenando de consternación á su desolada familia.

Don Alonso era el más afligido, no sólo por el grandísimo amor que profesaba á su hija, sino porque la conciencia le argüía severamente; aquella mañana había deseado Teresa recibir el consuelo de los santos Sacramentos, y él, temeroso de que lo hiciera por creerse próxima á morir, y que la contrición y tiernos afectos la empeoraran, pretextó leves inconvenientes; y como ella insistiera, se negó en absoluto. Así, cuando algunas horas después la vió con todas las señales de muerta, sintió punzantes remordimientos; si la religiosa expiraba sin confesión, ¿quién sino él era responsable de esta falta ante la justicia de Dios?

En la confusión de tan tristes circunstancias, médicos y religiosos se agrupaban en torno del lecho donde yacía la enferma; y mientras los primeros multiplicaban recetas, en cuya eficacia ni ellos mismos confiaban, los segundos repetían las oraciones de los agonizantes; los criados iban y venían sin concierto; los hermanos de Teresa lloraban, y Cepeda, retirado en lo más apartado de su casa, humillaba la frente hasta el suelo é imploraba la misericordia del Señor.

III

Cuatro días hacía que la religiosa permanecía rígida y helada, insensible á los crueles reme-

dios como á las tiernas caricias y lastimeras quejas.

¿Alentaba todavía el alma en aquel cuerpo? Tal era la pregunta que todos se hacían, y mil opiniones contradictorias llenaban los ánimos de dudas: la situación era difícil; ¿cómo robar más tiempo al sepulcro los restos que le pertenecían? Mientras algunos indicaban tímidamente que aún se debía esperar, los demás, asombrados de la tenacidad de D. Alonso, censuraban que no se hubiese trasladado la difunta á su monasterio, donde hacía día y medio que tenía abierta la sepultura; ¿á qué aguardar, cuando ya en varios conventos, y principalmente donde se hallaba su hermano D. Antonio, se le habían hecho honras fúnebres?

Nadie, sin embargo, podía convencer de su desgracia al desolado y amoroso padre. «Esta hija mía no es todavía para ser enterrada» (Padre Yepes, lib. I, pág. 134.),—decía bruscamente á los que le hablaban en tal sentido, y su voz opaca vibraba tristemente en el corazón de quien le oía; mas si en presencia de la familia y amigos mostrábase inflexible, en la soledad se deshacía en lágrimas y golpeaba su pecho con profunda pena, rogando á Dios devolviera la vida á Teresa como prueba visible de que su pecado merecía perdón.

Velaban á la madrugada de la cuarta noche Doña María Cepeda y Juana Suárez aquel sueño aterrador, en la convicción de que acompañaban á un cadáver, cuando el débil eco de un suspiro detuvo el latir de sus corazones y las hizo inclinar en silencio hasta tocar el helado rostro de Teresa;

por algunos instantes nada confirmó sus esperanzas; pero después de un espacio, cuyas angustias es difícil comprender, otro suspiro más acentuado que el anterior las convenció de lo que juzgaban imposible.

Mientras Juana levantaba suavemente á la enferma y le hacía tragar gota á gota un cordial que estaba prevenido, Doña María salió precipitadamente, llamó á su padre y á los religiosos que velaban en la cámara inmediata, y volvió con ellos palpitante de sobresalto y emoción, para que asistieran todos maravillados á lo que realmente podía considerarse como una resurrección.

En tanto la hija de Cepeda, sin hacer movimiento alguno, abrió los ojos y fijó en los circunstantes una vaga mirada; quiso después hablar, pero no pudo articular ni un sonido; Juana continuaba sosteniéndola; D. Alonso y Doña María, arrodillados junto al lecho, la contemplaban temerosos de ver en un momento desvanecida su esperanza; Teresa entornó dulcemente los párpados, hizo un supremo esfuerzo, y murmuró con voz débil de extrañas modulaciones:

—«¿Para qué me han llamado? He estado en el cielo, y he visto el infierno; mi padre y Juana Suárez se han de salvar por mi medio: he visto los monasterios que he de fundar, y las almas que se salvarán por mí. Moriré santa, y mi cuerpo será cubierto de un paño de brocado?» (P. Yepes, lib. I, fol. 135.)

Todos los que rodeaban á la enferma, creyeron aquellas frases hijas del delirio; ella misma, al recordarlas después, las llamó *disparates;* el tiempo se encargó de mostrar que fueron

inspiradas por verdadero espíritu de profecía.

Después de las breves palabras que con sumo trabajo pronunció, tornó á perder el sentido; pero entonces fué solamente un desmayo, del que con facilidad se la hizo volver; al referir estos sufrimientos, dice:

—«Teníanme á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo V, núm. 4.)

Apenas recobrado un soplo de fuerzas, le aprovechó en confesar y comulgar; hízolo con muchas lágrimas, y tan deseosa de su mayor santificación cuanto era grande su temor de haber acabado la vida sin estos saludables remedios.

IV

Nadie como Teresa pinta con vivos colores su larga y penosa convalecencia.

—«Quedé de estos cuatro días de paroxismo de manera que sólo Dios puede saber los insoportables tormentos que sentía,—dice.—La lengua hecha pedazos de mordida, la garganta seca de no haber pasado nada, y tan gran debilidad que ni el agua podía tragar; me parecía estar toda descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza; hallábame encogida como hecha un ovillo, que en esto paró el desatino de aquellos días; sin poder mover ni brazo, ni mano, ni pie, ni cabeza; tocarme no había modo, pues me sentía tan lastimada que no lo podía sufrir; con una sábana, unas de un cabo, otras de otro, me volvían; esto

duró hasta Pascua florida.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VI, número 1.)

Añádase el rigor de unas cuartanas dobles, cuyos intensos fríos destrozaban su delicado cuerpo, y grandísima repugnancia hasta de los alimentos más sanos y sencillos, y se comprenderá el estado en que se hallaba cuando se hizo conducir á su convento con tanta prisa, como si entre aquellos muros tuviera seguridad de recobrar prontamente la salud.

Grande fué la alegría de las religiosas viendo llegar viva á la que habían llorado muerta; pero á tan grata impresión sucedieron graves inquietudes y temores de una fácil recaída. Durante ocho meses los padecimientos de la hija de Cepeda fueron continuos, y tan vehementes que en nada hallaba descanso; después se calmaron un poco; *pero cuando á los tres años de tullida comenzaba á andar á gatas, alababa á Dios.* (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VI, número 1.)

¡Oh cuánto debemos avergonzarnos, las almas débiles ó poco sufridas, de la constancia de Teresa en todas las pruebas que le envió el Esposo divino! Anhelamos llegar á la Sión eterna por camino de flores, y cuando sentimos la menor punzada de los muchos abrojos que le llenan, nos detenemos y acobardamos, pareciéndonos imposible seguir adelante.

A pesar de que Teresa de Cepeda padecía lo que no es decible, extremaba sus cuidados por que los males del cuerpo no agriasen la blandura y mansedumbre de su apacible carácter. Servíale

de mucho para ello la continua memoria de lo que el Señor había sufrido por amor á las criaturas, y esta meditación endulzaba todas sus penas; mas á medida que adelantaba la convalecencia, empezaron á atormentarla grandes desasosiegos y crueles temores, comienzo de una larga época de tribulaciones, congojas y durísimos trabajos.

V

Dejando aquí suspensa la narración, quiero dedicar un tierno recuerdo á la buena maestra y ejemplar religiosa Doña María Briceño, que murió algunos meses después de la profesión de su discípula predilecta.

Si los añosos árboles del huerto, las fuentes de los patios ó las rejas del coro hubieran tenido el don de la palabra, habrían repetido las que la anciana murmuraba sin cesar para pedir á Dios por la felicidad de Teresa, que constituía en la tierra la más dulce de sus afecciones; los elogios que oía hacer de ella, y cuyo eco le llegaba como suave perfume, llenaban de gozo su corazón, inclinándole á amarla cada día más.

Aunque nada queda dicho por no descuidar el interés principal, bien compredérá el pío lector cuán cumplidamente pagaba la deuda de tan santa amistad la generosa y agradecida hija de Cepeda.

Grandísima pena le causó, por tanto, la noticia de su muerte; tal fué, que durante muchos días Teresa permaneció como abismada en el dolor; por más que piadosamente creyera gozaba en

el cielo el premio de su inocente vida, desde entonces su recuerdo, unido al de Doña Beatriz Ahumada, hizo que en humildes y fervorosas plegarias subieran siempre al trono del Eterno los nombres de sus dos Madres.

FIN DE LA PRIMERA PARTE